

Peter Waldmann, 2023. *Oligarquía en América Latina. Redes familiares dominantes en el siglo XIX e inicios del XX*. Madrid: Iberoamericana Vervuert. 233 p.

1

La historia de las elites latinoamericanas, especialmente entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, ha sido un perdurable objeto de interés en la investigación académica, el ensayo y el debate público. Las polémicas han tenido, en general, una razón de fondo: la responsabilidad de esos grupos sociales en la traumática historia política, económica y social de la región a lo largo del siglo XX.

Para algunas perspectivas, esas elites fueron decisivas en la organización constitucional, la formación estatal y la modernización económica a través de una integración a la economía mundial en momentos de la primera globalización capitalista mediante la exportación de materias primas. Para otras miradas, esos grupos antepusieron los intereses particulares al “bien común”, tergiversaron instituciones y normas, y delinearon una dependencia que se convertiría en un factor insuperable para las economías latinoamericanas.

Esta última caracterización es aquella que, en general, más se afirmó en la memoria histórica y en el sentido común. Y es de destacar que lo hizo a través de diferentes versiones, especialmente desde la década de 1960, cuando las preguntas por el desarrollo y la dependencia, así como por las dificultades de la consolidación de la democracia liberal, dominaron la agenda. Ya fuera desde la denuncia de la dependencia o desde la búsqueda de la modernización, desde el ensayo latinoamericano

movilizado por la intervención política o desde la investigación académica, hubo un acuerdo acerca de la responsabilidad de las elites en los avatares latinoamericanos. Este diagnóstico también tuvo el atractivo de ofrecer culpables claramente identificables, un elenco social con nombres y apellidos antes que fuerzas o procesos impersonales.

Avanzando el tiempo, especialmente a partir de la década de 1990, la investigación académica propuso otras miradas. La historia económica discutió el dependantismo, o, en todo caso, la gravitación de largo plazo de los eventuales condicionamientos generados por el modelo agroexportador de fines del siglo XIX, y renovó el retrato de las conductas empresariales, indicando que hubo inversiones con impacto en la productividad y la capitalización de la economía; la historia política revisó los “regímenes oligárquicos”, destacando la formación de ciudadanía, la competitividad política y los canales de participación popular alternativos al sufragio (desde la movilización a la “ciudadanía en armas”); y la historia social problematizó los vínculos entre el poder político, la riqueza y el prestigio social. Como consecuencia de todo ello, los legados polémicos de las elites latinoamericanas de fines del siglo XIX no se habrían derivado tanto de su omnipotencia como de sus conflictos internos y de sus dificultades para alcanzar consensos.

En este contexto, la importancia del libro de Waldmann radica, al menos, en tres aspectos. En primer lugar, ofrece un retrato panorámico para América Latina, al abordar casos nacionales infrecuentemente puestos en diálogo en relación con la historia de sus elites (el autor prefiere denominar “capas altas” a su objeto de investigación), como México, Chile, Perú, Argentina y Brasil. La apuesta del libro es proponer una historia propiamente latinoamericana, en la cual el reconocimiento de singularidades nacionales no oculta patrones o rasgos transversales, válidos, además, para la América hispana y para Brasil.

El segundo aspecto que vuelve valioso el libro de Waldmann es que se apoya en la investigación académica más rigurosa y ofrece, por lo tanto, al lector un panorama actualizado y completo de ella. El libro hace un uso productivo de la bibliografía disponible para proponer tendencias generales sobre las conductas y las características de las elites y, sobre ello, la identificación de procesos que sustentan una reconstrucción global y de largo plazo de la historia de las elites latinoamericanas.

Finalmente, el tercer aspecto a resaltar consiste, precisamente, en sus argumentos. Como queda claro desde el título, para el autor las elites latinoamericanas de fines del siglo XIX y comienzos del XX fueron oligarquías. Hay, por lo tanto, desde un principio una toma de posición, esta es, el papel histórico de estos actores sociales tuvo implicancias más negativas que positivas para la historia latinoamericana.

El mérito de Waldmann es sustentar este diagnóstico en una sociología histórica basada en los resultados y en los aportes de la investigación académica más

consistente. De hecho, su libro, a raíz de su concepción crítica del papel de las elites latinoamericanas, bien podría ser disparador de un bienvenido debate al respecto que permita reactivar la atención académica sobre estos actores, ya que, como el mismo autor señala, esa atención se ha concentrado, en los últimos años, en otros temas y períodos, por diversas razones, desde las modas académicas hasta las renovaciones epistemológicas.

Según Waldmann, el papel negativo de las elites latinoamericanas, que se condensa justamente en su caracterización como oligarquías, consistió en haber priorizado el interés particular sobre el bien común, a pesar de que hayan sido a la vez responsables decisivas de la modernización capitalista y de la construcción de los Estados nacionales. Los legados polémicos, según Waldmann, radican en haber persistido en conductas que iban a contramano de las instituciones que esos mismos actores impulsaron (desde el mercado hasta el Estado), a fin de contener o impedir la pérdida de poder, riqueza o prestigio que esos mismos procesos implicaban.

De esta manera, el particularismo, el clientelismo y el patrimonialismo promovieron, en última instancia, conductas corporativas. Estas son, según Waldmann, las herencias más perdurables y perniciosas, no solo por sus persistencias en las elites, sino por su subsiguiente extensión en otros actores sociales. El fallido desempeño estatal, la inestabilidad política y las dificultades para el crecimiento económico tendrían en esas conductas legadas por las elites una cifra profunda.

Esta semblanza general, desde ya, está atravesada de matices, no solo por las di-

ferencias que el autor destaca y señala entre casos nacionales, sino también por el reconocimiento de que las consecuencias y el impacto de esas conductas tuvieron algunas derivaciones no exclusivamente negativas. Así, por ejemplo, “el conservadurismo estructural característico de las redes familiares tuvo un efecto moderador en el devenir político del subcontinente, frenando excesos radicales” (p. 216).

Como se lee en esta cita, las conductas de las elites, con sus problemáticas derivaciones para la historia latinoamericana, fueron posibles a causa de la centralidad insoslayable de una institución, la familia y las redes de parentesco. La familia como antídoto a la impersonalidad del Estado y del mercado es la clave interpretativa del libro de Waldmann. En discusión con

miradas clásicas (como las de Diana Balmori), la centralidad de la familia para los intereses particulares (y su papel decisivo en la afirmación de conductas patrimonialistas y clientelares) perduró a raíz, y no a pesar, de la modernización capitalista y el desarrollo institucional.

En suma, entonces, el libro de Waldmann es un aporte valioso, tanto por la amplitud y la ambición de su alcances, que permite pensar una historia propiamente latinoamericana de las elites, como por proponer un retrato crítico de su papel en la historia de la región que, en lugar de apoyarse en lugares comunes y visiones simplistas, se fundamenta, de manera audaz e incluso provocadora, en un conocimiento actualizado de la producción académica sobre el tema.

Leandro Losada

Universidad Nacional de San Martín /
CONICET